



El teatro también se lee

Andrés Sorel

Escribe Shakespeare en *El mercader de Venecia*:

ANTONIO. «Tengo al mundo por lo que el mundo es, Graciano: la escena de un teatro, donde todos tenemos un papel; el mío es triste».

Y Walter Benjamin en sus estudios sobre Franz Kafka: «El mundo de Kafka es un teatro del mundo, y su escenario lo ocupa, necesariamente, el ser humano».

Antes que escritores somos lectores. Como lector, desde mi adolescencia, leo a Shakespeare y Kafka, dos de mis escritores predilectos. Todas las literaturas, todos los personajes y situaciones argumentales, pueden extraerse, poética, narrativa, dramáticamente, de la obra de Shakespeare. El sexo, la ambición, la lucha por el poder, la envidia, la hipocresía, el terror, la superstición, la corrupción, el crimen, el humor corrosivo, lo social, lo político, lo esperpéntico. Y cuantos arquetipos han desarrollado después las distintas formas y procedimientos de las literaturas. Personajes del ayer que se encarnan, con otra figuración y escenario, en los de hoy: reyes, políticos, jueces, banqueros, sacerdotes, bufones, putas, nobles, plebeyos. Y el lenguaje. También los lenguajes que, a través del uso que los conforman, en sus obras viven en su esencialidad más lograda.

Leer el teatro, a través de los autores que desde los griegos a nuestros días han desarrollado la tragedia, la comedia, el drama, individual o colectivo, no es sino encontrarnos con la historia y con la vida, una flecha lanzada en el tiempo cuyo recorrido tipifica la representación de momentos tan trascendentales como fugaces, que pronto serán sumergidos en los ríos que fluyen ininterrumpidamente para ser continuados en la historia y en la literatura.

Situaba a Kafka junto a Shakespeare. Citemos de nuevo a Walter Benjamin: «Las obras de Kafka son gestuales,

dramas cíclicos [...] para Kafka lo más indeterminable eran los gestos. Cada uno se convierte en un proceso, se podría decir en un drama».

Porque, añadido, la obra de Kafka no es sino el gran escenario en el que se representa el drama absoluto del ser humano condenado desde el nacer al morir, vigilado siempre por leyes situadas fuera de su alcance y comprensión.

Otro de los escritores del siglo XX que alcanza para mí una gran importancia es Karl Kraus, creador del periódico más crítico del primer tercio del siglo XX, en el que fue publicando sus importantes trabajos y su magna obra, representada solo parcialmente, *Los últimos días de la Humanidad*. En ella, que tiene la gran guerra como fondo, y en otros trabajos suyos desfilan gran parte de los personajes de Shakespeare, desde Timón y Calibán al rey Lear o Macbeth. Escribió Kraus: «Shakespeare lo supo todo de antemano». Las poderosas palabras de Kraus luchan contra las frases hechas, las imposturas humanas, la arbitrariedad de modas y mercados, la corrupción de la prensa, el militarismo. Crea un escenario en el gesto y la palabra, que convencen, critican la alienación. Por eso era escritor y actor, por eso el teatro se situó en el eje central de su vida y de su obra. Con razón dijo Bertolt Brecht: «Cuando la época alzó la mano contra sí misma, era Kraus esa mano». Necesitados estamos hoy de escritores semejantes en este siglo de sombras y amenazas. Y diremos en 2010 con *El Rey Lear*, la obra de todos los tiempos:

«¡Dioses! ¿Quién dice que ha llegado lo peor? Ahora estoy peor que nunca. Y podría estar peor. No estamos en lo peor mientras podamos decir que algo es lo peor».

¿Leer el teatro? ¿Podría ser de otra manera cuando toda la literatura se encuentra en el teatro? ■